

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Siempre sorprende y viene a mala hora la Intrusa; pero, al tratarse de la marquesa de Squilache, subleva y asombra, porque la marquesa murió como había vivido, de pie, por decirlo así; en la plenitud de sus empresas, de sus obras benéficas, de su actividad social, y sin que a su muerte hubiese precedido ese período de retiro y penumbra, ese declinar de las existencias más brillantes, que acompaña a la vejez.

Vieja era la marquesa, sin duda, sólo que no se le conocía, pues dijérase que poseía un secreto maravilloso, una fuente de Juvencio, de la cual bebía un sorbo todas las mañanas, y que repartía por sus venas fuerza, frescura, vivacidad y energía.

Yo lo pensaba: era esta mujer una Ninón de Lenclos, y en los setenta se hubiese explicado que inspirase pasiones, o (si la palabra es muy recargada de color para lo gris de la vida moderna) ilusiones y devaneos...

En efecto, se dió el caso peregrino de que cuantos conocieron a la marquesa en sus juventudes, declaraban que ahora estaba más guapa que a los veinte y a los treinta; y con ese género de hermosura fulguradora que, escribiría Flaubert, es «resultado de la armonía entre el temperamento y las circunstancias».

Los periódicos de Madrid han contado al detalle la biografía de la Squilache, como familiarmente la llamaban todos, altos y bajos, pues era popularísima; sabemos las etapas que recorrió, desde su primer matrimonio, en la Habana, con un marino, a su instalación en la suntuosa residencia de la plaza de las Cortes, donde acudía solícito cuanto de escogido encerraba Madrid; pero esta parte externa de la historia de la marquesa no tentaría a un novelista, a un Balzac, que se impusiese la tarea de historiar las costumbres de un período, de la Restauración acá, como pudiera tentarle lo interno de una existencia y de una carrera — debe llamarse así — tan fecunda y tan bien graduada y desarrollada.

Nadie ignora tampoco que la marquesa de Squilache fué el eje de la beneficencia social española, por largos años.

Para los resultados que ella obtuvo, era necesario tener a la sociedad madrileña conquistada, halagada, rendida, en la mejor acepción de la palabra; y era indispensable también entender la palabra *sociedad*, no en el restrictivo y mezquino sentido de *coterie* o coto, sino en el amplio y comprensivo que le dieron las mujeres llamadas a ser focos y centros de sociabilidad verdadera: las Montijo, las Campo de Alange.

Invariablemente, siempre que la marquesa proyectaba algo que la obligaba a hacer un llamamiento a la generosidad del público, se vaticinaba que el resultado sería plenamente satisfactorio, porque los amigos de aquella señora obsequiosísima tenían mucho que agradecerle, y no podían cerrar la bolsa ni la voluntad ante su deseo.

Es de advertir que la marquesa había hecho escuela, y no pocas damas querían seguir sus pasos; ello era más fácil de pretender que de conseguir, porque, frase clásica, «cuando no le dan a uno en su casa ni un vaso de agua, y apenas le saludan, nadie tiene ganas de aflojar la mosca...».

Tal era el criterio general, y no puede menos de sugerirme algunas reflexiones.

Es un tópico el repetir que la caridad debe ha-

cerse en secreto, que no ha de ser bailada ni divertida... Sí; esto lo oímos a cada instante, y a eso se debe aspirar, si se aspira a la santidad también. Pero entonces hay que hacer el género de vida y practicar las virtudes de los santos, y, mendigando, tendida la mano, como Ernestina Villena (el tipo que retrató de mano maestra Galdós), pedir aquí un clavo, allá un ladrillo, de limosna, para la construcción de los Asilos soñados.

El sistema de la marquesa era otro. Primero creaba la obligación de gratitud, y los invitados a fiestas, bailes y comidas, no sólo habían de dar, sino ejercitar totalmente su influencia a fin de que los demás diesen.

Las sociedades, como el Casino y la Peña; el comercio de Madrid; el Banco y la banca; la prensa, los artistas..., contribuían a las obras siempre útiles, a las iniciativas siempre felices de «Pilar». Y esto hay que decirlo ahora, que la muerte ha cerrado aquellos salones, ha cortado aquella cadena de trabajo duro y continuo, oculto bajo las rosas y los claveles, las frívolas apariencias: porque la malignidad y la envidia no duermen, y se ensañaron, no poco (aunque sin fruto), con la Squilache.

Uno de los temas favoritos de los críticos era suponer que todas las obras benéficas por la marquesa emprendidas no tenían más objeto que el de obtener ciertos honores, que podían serle otorgados por el Rey.

Distinguida, en los tiempos de Sagasta, con el título de Squilache, aspiró a la grandeza de España, y en ello puso empeño constante.

Y la gente, siempre algo burda y simplista en su modo de entender los caracteres, dió en considerar a la marquesa algo como el Sixto V anecdótico que, conseguido su objeto, tiraría las muletas. Así que la hiciesen grande y dama, ¿quién lo duda?, los pobres no verían un céntimo más, se habrían acabado las remesas al África, para nuestros soldados heridos, y «Pilar» descansaría sobre sus laureles...

Con gran contentamiento de los que la mirábamos de un modo más justo, hasta más conforme con la realidad, pues no se desmiente en un día una vida entera, la marquesa de Squilache, habiendo llegado a la cima de sus aspiraciones de elevación social, continuó prodigándose en las tareas de beneficencia y patriotismo, quizá con mayor ardor que nunca; y los hombres políticos que concurrían a su casa no fueron rechazados por ella como se rechaza el escabel, que ya no sirve, sino que continuaron agrupados a su alrededor, entendiendo la marquesa que la amistad es cosa tan bonita, planta tan ornamental para una residencia, como puede serlo una de esas palmeras espléndidas que gustaba de colocar en los ángulos de sus estancias, lindamente engalanadas con lazos de finos colores.

Era un espectáculo bello, para los que amamos la vida en todas sus manifestaciones, y el valor como quiera que se muestre, el de esta *mondaine* (digámoslo en francés, pues en castellano tiene un sentido menos grato la palabra), desdeñosa de los años que se empeñaban en doblegarla y rendirla, de los achaques que vencia no haciéndoles caso, y dedicada heroicamente a ejercitar la beneficencia, sin escatimar dinero ni tiempo.

Hay que saber lo que representa de esfuerzo de voluntad, en una mujer que concurre a todas las fiestas y presta su servicio en la Corte, sufriendo las molestias del adorno y emperejilamiento, acostándose tarde, el estar a las once en punto en un asilo, todos los días, repartiendo por su propia mano la comida a los pobres, a ochenta y cinco diarios. Persona que ha asistido a este reparto estaba asombrada de la gentileza, de la gracia, de la vivacidad con que la marquesa atendía a sus protegidos.

El general Silvestre, el general Marina, no ensalzaban menos la oportunidad y buena traza de los envíos para los soldados. En cuanto ponía la mano la marquesa, se veía su inteligencia despejada, su hábito de dirigir y organizar.

No he olvidado su gestión en el asunto del monumento al Cabo Noval. A una indicación pesimista de Mariano de Cavia en *El Imparcial*, dudando de que aquí se pudiese encontrar ambiente para conmemorar el hecho glorioso de un hijo del pueblo, contesté yo — un poco a la ligera, en un brote de sentimiento — que la conmemoración se haría. Cuando logré que la marquesa hiciese suya la idea, me consideré salvada.

La marquesa comprendió, desde las primeras palabras, el sentido del proyecto. «Con el nombre de Noval, haremos un monumento a la gloria del soldado español», exclamó efusivamente.

Y lo hicimos, es decir, lo hizo ella, organizando como sabía las fiestas y suscripciones que permitieron recaudar los fondos; y faltando, aun así, algo para

completar lo que el monumento costaba, lo sacó tal vez de su inagotable bolsa, tal vez de un remanente de América, y el monumento, con rapidez suma, surgió ante el palacio de los Reyes, como para decir a las grandes Instituciones de la patria que el pueblo es un feraz vivero de héroes anónimos, prontos a verter su roja sangre, lo mismo que en los días de nuestro esplendor...

Por estos y por tantos otros merecimientos, fui yo siempre del número, que me complazco en no creer escaso, de los que se alegraron muy de veras cuando el Rey distinguió a «Pilar» con la grandeza de España, y la Reina con el lazo.

Es muy fácil y obvio calificar de vanidad aquello que Dante llamó *il gran disto de l'ecellenza*; pero ¿acaso no dijo otro poeta, el mayor de la antigüedad, que vanidad es todo, vanidad de vanidades?

A ceniza y a polvo se reducen, harto lo sabemos, no sólo la substancia de nuestro cuerpo mortal, sino la de nuestros deseos, fallidos o colmados; y el tiempo, borrando, en plazo más o menos breve, las huellas de los sucesos, de la labor y lucha, las convertirá en esa niebla de olvido, en que, fatalmente, todo esfuerzo hace sonreír.

Allí, vanidades son las más vehementes aspiraciones; ceniza, el amor; la gloria, humo (recuérdese la bella dolores de otro poeta asturiano).

Así, bien cabe llamar humo a grandezas, títulos y cargos.

La marquesa deseó ese humo, y lo confesaba sencillamente.

Mujer de acción, entendía, como los hombres de acción suelen entender, que las recompensas y las distinciones de los Reyes deben recaer en aquellos que aportan a su época relieve y brillo. Infatigable trabajadora, tenía conciencia de la importancia de su labor, y de sus méritos propios, que no consistían, como dijo algún malévolo, en tener dinero y en gastarlo.

Tenerlo, nada vale; saberlo gastar, ya es algo; saber sumarlo al dinero de la colectividad y cubrir urgentes necesidades sociales, ya es más, bastante más, y cuando llegue la hora de las iniciativas y de sumar voluntades para una empresa común, se verá lo que valía la marquesa, y cómo difícilmente cabe que se la substituya.

Por eso fué un acierto y una justicia la gracia del Soberano, al enviar a esta mujer singularísima la merced, y la carta halagüeña que la acompañaba.

Madrid ha perdido mucho con perderla.

Difícilmente se reemplazará su hospitalaria casa, difícilmente su persona, que desafiaba el ultraje de los años, siempre vestida con suntuoso buen gusto, coronada la cabeza de diamantes, cubierto el busto con sargas de perlas, siguiendo la moda sin la exageración de las elegantes profesionales, y dando a la *toilette* el carácter especial de realzar la dignidad de la posición.

La Squilache llenaba un salón, como suele decirse, con su figura de gran señora. Cuando asistía a las ceremonias palatinas, la gente se precipitaba por verla pasar. Era un adorno inmarchitable en la corte.

Su instinto de decoro social la guió hasta el último momento.

Un día me enseñó el panteón que hizo construir para descansar en él al lado de su tercer marido, D. Martín Larios, de quien procedía la fortuna (tan bien empleada y gastada) de la marquesa. Y, al mostrarme la cripta, me hacía notar cómo había procurado rehuir los aspectos lúgubres del más allá, la fealdad triste de los enterramientos severos y escualidos.

Mármoles blancos, un templo primorosamente decorado, con una riqueza grave, en la cual, sin embargo, noté semejanza con los salones de la residencia misma de la marquesa; obra de arte, todo claro, limpio como un cristal...

Una última morada en que reposará a gusto esta mujer, que alrededor suyo creaba una alegría decente, señorial...

Y como una existencia tan completa y una muerte tan relacionada con la vida que de ella se originó, es verdaderamente una obra de arte, dedico a la memoria de la marquesa el tributo de simpatía, de respeto y de cariño que afirmo que merece.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.